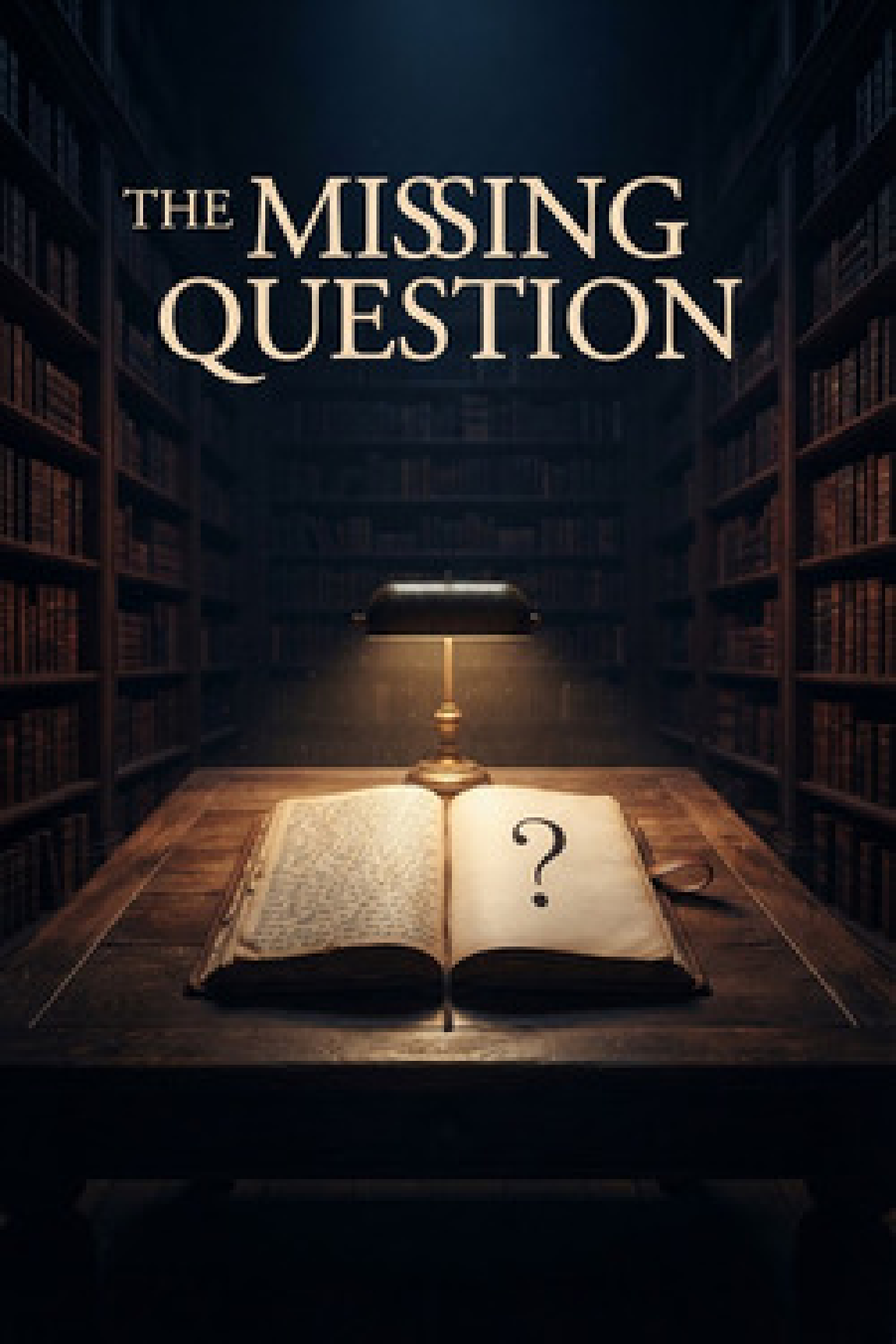
THE MISSING QUESTION
?

PARTE II

UMBRAL 6

La Pregunta Que Faltaba

Durante gran parte de mi vida perseguí respuestas.

Como hacen casi todos.

Quería saber cuál era la decisión correcta.

Cuál era el mejor camino.

Cuál era el significado de lo que estaba viviendo.

Quería claridad.

Dirección.

Confirmación.

Creía que la madurez consistía en acumular respuestas.

Cuanto más tiempo pasara, más debería comprender cómo funcionaba.

Cuanta más experiencia acumulara, menos dudas tendría.

Era una teoría elegante.

El problema era que la vida parecía ignorarla completamente.

Los años pasaban.

La experiencia crecía.

Las responsabilidades aumentaban.

Y sin embargo las preguntas no disminuían.

Al contrario.

Se volvían más profundas.

Más complejas.

Más difíciles.

Fue un descubrimiento desestabilizador.

De niño imaginaba a los adultos como personas que habían comprendido.

Luego me hice adulto.

Y descubrí que muchos de nosotros simplemente habíamos aprendido a convivir con la incertidumbre.

No es lo mismo.

Existe una diferencia enorme entre saber y continuar.

Muchos continúan.

Pocos saben de verdad.

Recuerdo un período en que buscaba respuestas por todas partes.

En los libros.

En las organizaciones.

En los viajes.

En las personas más expertas.

En la espiritualidad.

En la racionalidad.

En los números.

Creía que existía, en algún lugar, una explicación capaz de organizarlo todo.

Una fórmula.

Una clave.

Un sistema.

Pero cada vez que pensaba haberla encontrado, llegaba una nueva experiencia a ponerla en duda.

Al principio era frustrante.

Luego se volvió interesante.

Finalmente se volvió liberador.

Porque comprendí algo.

Las respuestas tienen una vida breve.

Las preguntas correctas tienen una vida larga.

Muy larga.

Algunas nos acompañan durante décadas.

¿Quién soy?

¿Qué importa de verdad?

¿Qué significa amar?

¿Por qué cosas vale la pena sufrir?

¿Qué queda cuando todo cambia?

No son preguntas para resolver.

Son preguntas para habitar.

La diferencia es sustancial.

Una respuesta cierra.

Una pregunta abre.

Y la vida, en el fondo, prefiere las aperturas.

Cada vez que atravesaba una nueva experiencia, me daba cuenta de que el valor no estaba tanto en la conclusión alcanzada.

Estaba en el interrogante que había generado.

Una pérdida genera una pregunta.

Un amor genera una pregunta.

Una enfermedad genera una pregunta.

Una victoria genera una pregunta.

Incluso el éxito genera una pregunta.

A menudo mucho más difícil que el fracaso.

Porque después de haber obtenido algo, se presenta un interrogante inesperado:

"¿Y ahora?"

Durante años había creído que el sentido de las cosas estaba escondido en las respuestas.

Luego comencé a notar una coincidencia curiosa.

Las personas más interesantes que conocía eran también las menos seguras.

No eran indecisas.

Eran abiertas.

Comprendían que la realidad es más vasta que las propias convicciones.

Más compleja que los propios esquemas.

Más rica que las propias conclusiones.

Por eso seguían haciendo preguntas.

No por debilidad.

Por inteligencia.

La inteligencia auténtica no consiste en poseer muchas respuestas.

Consiste en reconocer qué preguntas merecen todavía ser formuladas.

A lo largo de mi vida he visitado países diversos.

Culturas diversas.

Religiones diversas.

Sistemas diversos.

Cada lugar poseía respuestas diferentes.

Y sin embargo las preguntas fundamentales eran casi siempre idénticas.

Cómo vivir.

Cómo amar.

Cómo afrontar la muerte.

Cómo convivir con el tiempo.

Cómo encontrar un significado.

Esto me impresionó profundamente.

Porque mostraba algo universal.

Las civilizaciones cambian de lenguaje.

Las preguntas esenciales no.

Quizás precisamente por eso sobrevive la narrativa.

Porque no ofrece soluciones.

Ofrece exploraciones.

Una novela no sirve para resolver la vida.

Sirve para iluminar una pregunta.

Y una buena pregunta puede acompañar a una persona durante años.

Mejor que muchas respuestas.

Recuerdo un día en que me sorprendí reflexionando sobre todas las certezas que había abandonado.

Eran numerosas.

Muchas habían gobernado largos períodos de mi existencia.

Algunas habían sido útiles.

Otras menos.

Pero todas habían dejado paso a algo más maduro.

La conciencia de que la realidad no es un tribunal.

Es una conversación.

Una conversación infinita entre lo que sabemos y lo que ignoramos.

Entre lo que comprendemos y lo que se nos escapa.

Entre lo que hemos sido y lo que estamos llegando a ser.

Desde ese momento dejé de tratar las dudas como enemigas.

Comencé a considerarlas compañeras de viaje.

No todas las dudas merecen atención.

Algunas son ruido.

Algunas son miedo.

Algunas son simple confusión.

Pero hay otras.

Más profundas.

Más silenciosas.

Más sinceras.

Las que siguen volviendo.

Las que llaman a la puerta de la conciencia año tras año.

Las que piden ser escuchadas.

He aprendido a respetarlas.

Porque a menudo guardan algo importante.

Una transformación.

Una verdad.

Una dirección.

Una parte de nosotros aún inexplorada.

Mirando hacia atrás, ya no me impresionan las personas que tienen una respuesta para todo.

Me interesan más las que saben plantear una pregunta auténtica.

Porque una respuesta puede agotarse.

Una pregunta puede generar una vida entera.

Quizás esta es una de las lecciones más valiosas que el tiempo me ha dejado.

No busques solamente la respuesta.

Busca la pregunta que la ha generado.

Porque detrás de cada convicción significativa.

Detrás de cada cambio real.

Detrás de cada elección importante.

Detrás de cada historia que merece ser contada.

Siempre hay una pregunta invisible.

Y es allí donde comienza el viaje.

Mucho antes de la respuesta.